

## DIA TREINTA Y TRES.

Filberto proyectó una pequeña fiesta para celebrar el feliz resultado del pleito y la vuelta de los que habían ido á Paris. Comunicó sus ideas al ama de gobierno y al honrado German; y cada uno de los niños se puso igualmente á trabajar en los preparativos de esta pequeña fiesta de familia, cuya descripción haremos mas adelante. No sobraba el dia para disponerlo todo, porque eran grandes los proyectos, y así fué menester emplear la mayor actividad. Como era indispensable un pintor para dibujar emblemas, alegorias y motes, el jardinero German trajo á este efecto á un jóven de treinta años, llamado Derbin, artista muy hábil en varios ramos, que había ido á recrearse algunos dias con su mujer é hijos á una linda casa de campo que había comprado

á cortísima distancia de la Cartuja. German, que por favor cultivaba un jardín del artista, y que le conocia por un hombre servicial y oficioso, fué á sacarle de su ociosidad, rogándole contribuyera con sus talentos á una fiesta que daba la familia del señor Arleville. Consintió Derbin en ello.

En tanto que Filberto, encerrado en su gabinete, hacia mil esfuerzos por vivificar el ingenio que cuando jóven había tenido para componer versos, motes y lemas, nuestro pintor trabajaba muy afanado en el salón de estudio, acompañándole María y todos los niños, pues cada uno tenia el encargo de desempeñar alguna tarea segun su edad ó su disposición para ello. Como el ama de gobierno no podia estar mucho rato sin despegar los labios, á fin de entrar en conversacion con el pintor, le dijo:—Vaya, señor Derbin, que teneis un talento admirable.—Es favor que quereis hacerme.—Y seguramente os valdrá la plata?—Mantengo cómodamente mi familia.—Y teneis mucha?—Cuatro hijos y una esposa á quien adoro, y de la que soy tiernamente correspondido.—No me admira que hayais comprado una casa de campo.—Es chica...—Con todo, no es eso muy comun entre pintores.—Es verdad que nuestro oficio no es por lo regular muy favorecido de la fortuna. Yo no me quejo, pues tengo con



que pasarlo decentemente, y otro gallo me cantára si yo hubiese tenido cabeza.—Hola! con que habeis sido calavera?—Sí, he pagado mi tributo á las pasiones como todo hijo de Adán; y si os contase mi historia.....—Hacedlo, si no os molesta, pues tendré mucho gusto en oiros.

La buena María reunió á los muchachos y todos prestaron la mayor atencion á Derbin, que refirió lo siguiente:

### PRUEBA DE AMOR CONYUGAL.

Soy hijo de un pintor de edificios, el cual, enamorado del arte y deseando que su hijo le superara, me envió desde muy tierno á las escuelas de dibujo, esperando en sacar de mí un Rafael ó un Mengs. En efecto, léjos de imitar á mis condiscípulos, que todo el día lo empleaban en sutilezas, hice progresos tan rápidos, que mi buen padre creyó que no serian vanas sus esperanzas, y á fin de alentarme mas y mas me llenaba de elogios, dándome cuanto gusto queria. Apenas ganaba yo algun premio, me remitía un reloj, un vestido nuevo ó cualquiera otro regalo de este género, y así escuso deciros que á mi natural aplicacion se juntaba el ardiente

deseo de lucir los obsequios de mi padre, que exitaban mi emulacion.

Acaso hubiera yo sido un excelente artista, si no hubiera tenido la desgracia de perderle demasiado pronto! Diez y ocho años cumplia cuando falleció este padre respetable, y privado despues de algun tiempo de mi madre, huérfano, sin deudos y sin amparo, conocí que no podia seguir la carrera que habia comenzado. Era preciso trabajar para comer, y con algunos diseños de cuadros de historia no podia lisonjearme de que lo conseguiria. Es cierto que podria hacer algunos retratos aquí ó allí; pero sin una reputacion bien merecida, era muy difícil hacer fortuna. Determiné, pues, visitar á los parroquianos de mi difunto padre, y contentarme con seguir su profesion. Los arquitectos que lo empleaban tuvieron la bondad de admitirme, y abandonando con disgusto la paleta y los pinceles, tuve que tomar la brocha y el cubo de cola. Sin embargo, ganaba mi dinerillo, trabajaba como un negro, y en mis ratos de ocio volvía á mis pinceles con el fin de ejercitar la mano. Así aprendí mil cosas útiles de mi oficio, y actualmente pintaria paisajes, perspectivas, etc. Mas dejemos esto á un lado, y vamos á mis aventuras.

Cumplí veinte y dos años, no pensaba en el amor ni en el matrimonio, dedicado únicamen-



te á mi trabajo, y me lisonjeaba de que disfrutaria largo tiempo de esta tranquilidad, cuando la suerte que queria perseguirme, y al mismo tiempo favorecerme, me avisó con voces muy claras que mi corazon era sensible como el de otro cualquiera, y que mi destino era el de ser esposo y padre.

Un maestro de obras, hombre ordinario pero bondadoso y rico, gracias á su manejo y actividad, llamado Simon, tenia consigo una hija y una sobrina: esta última, llamada Carlota, era hermosa como un ángel, apacible y modesta como la misma inocencia. Habia quedado huérfana casi desde la cuna, y Simon cuidaba de ella como de una hija. Aunque este hombre era rudo, habia dado á sus dos pupilas maestros de idiomas y de música, distinguiéndose Carlota por su aplicacion, mientras que María era torpe, y tan falta de inteligencia, como dotada la otra de las mejores disposiciones para todo. Algo desazonaban á Simon los rápidos adelantos de Carlota, pues hubiera querido que su hija hiciera otro tanto; mas aunque trataba mal á la pobre María, no lograba su objeto, y determinó deshacerse cuanto antes de su sobrina, casándola con el primero que se le proporcionase.

Mas es el caso que este pretendiente no llegaba, pues Carlota no tenia dote ni bienes rai-

ces ni esperanza de heredar á nadie. Teniendo Simon una hija, era natural que la dejase sus propiedades, y por un efecto de la codicia de los hombres, que no hacen mucho caso de las gracias naturales y del ingenio despejado, María, que era fea y tonta, estaba rodeada de pretendientes, al paso que ninguno reparaba en el mérito de la infeliz Carlota.

Rayaba ésta en los diez y nueve años, y todas las circunstancias indicaban que se quedaria para tia, cuando se presentó un cerrajero, llamado Robelot, el cual para que le protegiese y proporcionase obra el maestro Simon, le propuso que se casaria con su sobrina. Robelot fué admitido por el tío; pero no por la sobrina, que habiendo nacido con sentimientos elevados, lloró amargamente ante la idea de ser sacrificada á un hombre ordinario, y tuvo valor para manifestar que no le queria para esposo; insistió el tío, amenazándola con que la abandonaria, y la infeliz doncella pidió para determinar-se tres meses, que se le concedieron. Conocia yo á Robelot, por haberle visto trabajar en varios edificios donde yo habia trabajado tambien. Un dia me dijo riéndose que iba á casarse con una jóven muy hermosa: hízome un vivo retrato de Carlota, y yo por mera curiosidad, le rogué que me enseñase á la novia. Llevóme un dia con pretexto de no sé que pinturas á casa



del maestro Simon, y ví á Carlota, que en efecto era un ángel, ¡qué belleza! qué amabilidad! ¡qué modestia!... Verla y amarla, fué una misma cosa; y como no podemos dudar que hay cierta simpatía entre las almas, á pocas visitas conocí que habia hecho yo en la suya una impresion muy profunda. Arreglé mis negocios con el tio, y esto me proporcionaba la dicha de ver todos los dias á la linda Carlota; pero como uno y otro éramos muy tímidos, nos contentábamos con suspirar ó con decirnos ciertas medias palabras algo espresivas para dos amantes que se entienden y que por el movimiento de los lábios, quisieran comunicarse sus recíprocos pensamientos.

Presentéenos una oportunidad para hablar. nos con algun detenimiento. Para el dia del santo del tio habia hecho yo varios transparentes, en una huerta del maestro Simon, y sus dos pupilas me convidaron á esta fiesta de la ternura filial para la una, y de gratitud para la otra. No llevó á mal el maestro este convite, y antes bien se manifestó agradecido al obsequio de las doncellas y al trabajo que yo habia tenido por coadyuvar á sus intentos. Sentámonos á la mesa, en la que comieron algunos carpinteros, cerrajeros, y por consiguiente Robelot: colocado yo junto á Carlota, no hubiera trocado mi asiento por un trono. Parecíame imposi-

ble retirarme á los postres, mas en tanto que aquellas gentes charlaban á su satisfaccion riéndose á carcajadas, y gritando sin entenderse unos á otros, Carlota se bajó al jardin para cuidar de preparar unos fuegos de artificio, y yo la fuí siguiendo sin que ninguno de aquellos, incluso el mismo Robelot, echase de ver nuestra retirada.

Acerquéme á Carlota, y para empezar una conversacion que me causaba mucha pena, la dije:—Hace mucho tiempo que tenia que manifestaros cierto asunto y no he querido malograr esta ocasion.—Decidlo, pues, aunque no comprendo lo que sea.—Os amo con toda mi alma!... ¡Recibiré una repulsa? Carlota me pidió un lápiz y un pedazo de papel; lo arranqué de mi cartera, y escribió las siguientes palabras: *"Solicitud mi mano que la suerte me obliga á ofreceros... pero soy muy pobre. Bien quisiera poder hacer los mayores sacrificios para veros feliz conmigo."*

Al leer esto, exclamé fuera de mí:—Con que me amais!—Sí, os amo! nuestros corazones se lo declararon hace mucho tiempo... ya están convenidos; y el mio acaba de aliviarme de un gran peso.—Voy, pues, á pedirlos á vuestro tio, y no dudo que me prefiera á ese Robelot, si atiende á mi profesion mas honorífica, y mas lucrativa que la suya.



Conferenciando sobre nuestra próxima felicidad, llegamos al comedor, en donde, ínterin nosotros habíamos proyectado un matrimonio, se acababa de concertar otro. Cierta caballero acaudalado, que había comido allí con un hijo suyo, bastante nécio, pidió para éste la mano de la hija de Simon. Consultada la doncella por su padre, respondió con mucha frescura:—Sí, señor.—á lo que añadió el buen maestro de obras:—Y yo tambien, y desde ahora os hecho mi bendicion. Dispuesto eso, habían estipulado que la muchacha llevaria seis mil duros de dote, y todos los bienes de su padre al fallecimiento de éste, de modo que á la pobre Carlota no se le dejaria la mas pequeña parte. Como ví que se trataba de matrimonio, me pareció aquel momento favorable para proponer el mio; pero en vez de un consentimiento liso y llano cual debia prometérmelo, habiendo insistido particularmente sobre que no queria dote, cuál fué mi asombro al ver á Simon mirar á su sobrina con ojos muy severos, y oír que la dijo:—Poco á poco, señorita: parece que tiene Vd. mucha prisa? mas despacio hablaremos de este asunto, pues aunque ha ido Vd. al jardin á resolverlo con Derbin, falta que mi cabeza lo reflexione con madurez. Ha olvidado Vd. que está prometida á Robelot?—Es verdad, interrumpió éste; quién lo duda?—No me he olvi-

dado de eso, querido tío, repuso Carlota con una firmeza de que no la hubiera creído capaz; pero he pedido tres meses para resolverme; mañana espira ese plazo, y desde ahora protesto formalmente á Robelot, que nunca será mi esposo.

Convertido en estatua se quedó Robelot al oír estas palabras, y el maestro Simon replicó indignado:—Qué tono es ese! Qué modo tan insolente de hablar conmigo! Has pretendido celebrar hoy mi fiesta con ánimo de turbarla por fin y postre con tus impertinencias? retirate á tu cuarto, y no te me presentes hasta que yo te lo mande —Pero, amado tío...—Retírate, y no acabes de remover toda mi ira.

Retiróse Carlota, mirándome con la mas afectuosa espresion. Levantéme yo entonces, y haciendo un esfuerzo para reprimir mi cólera, me contenté con decir al grosero maestro de obras:—Yo tambien me voy, amigo mio; pero mañana tendré la honra de volver á veros.—Bien, bien, cuando querais. Os parece acaso que os tenga miedo?

Salí, dejando á los convidados entregados á su embriaguez, y sin acordarme de los fuegos de artificio, que ya no se encenderian, ni de los cohetes, que tampoco habria quien los disparase, puesto que Carlota y yo éramos los directores de la fiesta.



Pasé una noche muy agitada, y al día siguiente fuí á casa del maestro Simon, á quien hallé, no sin admiracion mia, mucho mas político y tratablé que la víspera.—Siento infinito, me dijo, haberos tratado ayer con un poco de aspereza; pero los vapores del vino... Robelot á quien tenia prometida la mano de mi sobrina... Vaya, conozco que me he portado mal; mas nó por eso me desdigo de lo que he dicho. Carlota no será vuestra.—Y por qué señor Simon?—Porque no tiene dote y no quiero verla pidiendo una limosna, pasado que sea el amor de la boda que dura poco; tampoco quiero que su marido la eche despues en cara su pobreza.—Pero aún suponiendo que yo pudiese dejar de amarla, Robelot ó cualquiera otro, podria hacerla igual reconvenccion.—No, eso no; un artesano rudo es á veces mas pundonoroso en estos puntos, que vosotross lo que os preciais de artistas y señoritos, que sois amigos del lujo, de francachelas, de teatros... Amo mucho á mi sobrina, quiero verla feliz, y para esto, es fuerza casarla con un artesano sin cultura.

Despues de una larga conferencia en que nó logré convencer al testarudo Simon, quedamos sin embargo aplazados para la siguiente semana.

No podré pintaros cuán largo nos pareció este plazo á Carlota y á mí! Vímonos algunas

veces en este intermedio, y solo hablamos de nuestras dudas y sobresaltos. Amaneció el día en que debiamos oír nuestra sentencia; fuí á casa del maestro Simon, y halléle solo y muy taciturno; hícele varias preguntas; pero él sin contestarme llamó á su sobrina; presentóse esta. Oh! qué pálidos estábamos uno y otro, qué ansiosos, qué agitados! En fin, como reos que aguardan oír su fallo de boca del juez. Fulminóse por fin este fallo, por el cual tanto suspirábamos.—Sobrina mia, dijo el maestro Simon con tono casi doctoral; y vos señor Derbin, que-reis uniros con los vínculos del matrimonio!—Oh! señor, no aspiramos á otra cosa.—Pues yo no sé que presagio fatal siento acá dentro... y me parece que Carlota no ha de tardar mucho tiempo en arrepentirse; mas ya que así lo que-reis... sea enhorabuena: yo os otorgo mi licencia.—¡Oh, qué felicidad!—Sin embargo, os en-gañaríais mucho si me creyeseis capaz de casar á mi sobrina sin dote...—Querido tio...—Poco á poco... Carlota mia... cuidado con lo que tengo que comunicarte.—Simon la llevó á otra pieza, y segun supe despues, lá dijo:—Ayer mismo he otorgado esta escritura en favor tuyo. En ella te aseguro para tí y para tus hijos, cuatro mil reales de renta; pero con la condicion que si mueres sin familia, este contrato volverá á la mia; y si llegas á ser madre, será la prenda



de la existencia de tus hijos, sin que tu marido pueda por ningun acontecimiento aprovecharse de la espresada renta, venderla ó empeñarla sin tu consentimiento. Lo entiendes Carlota? So o tú podrás disponer de ella, y ninguno mas.— Mi querido tío, cuántas bondades!— Ahora puedes casarte cuando te parezca, y el día de tu boda te entregaré la escritura.

Ocho días despues ya era yo esposo de Carlota á quien su tío entregó la referida escritura con la rigorosa condicion que acabais de oír, y que me pareció indiferente, porque yo era incapaz en ningun caso de tocar á los bienes de mi esposa, y despojarla de aquel socorro que su tío la proporcionaba por si la sucedia alguna desgracia; pero confieso que no me gustaba la sospecha que el tío Simon había formado de mí, no sin razon. Debeis saber que el juego era mi pasión favorita. Habia contraído este maldito vicio en la compañía de otros calaveras de mi edad, y aunque el matrimonio debia separarme de él, tenia sin embargo las recaídas. Mi esposa me hizo padre de tres hermosos niños, y esperaba serlo muy luego del cuarto. Solo pensaba yo en esta dulce felicidad y en las tareas de mi profesion... Pero el destino me trajo á uno de mis antiguos compañeros, ó por mejor decir, á uno de aquellos corruptores de la juventud sacrificada á las tristes consecuencias del juego.

Volví á trabar amistad con este hombre relajado y jugábamos; tomaba mis precauciones para que Carlota no viniera en conocimiento de mis desórdenes, pero no era posible que se le ocultasen, viéndome salir todas las noches sin decirle á dónde iba, y volver á deshora, sin decirle de dónde venia; conocia ella mi fidelidad y lo mucho que la adoraba, pero no dejó de sobresaltarse notando mis frecuentes y largas ausencias. Procuró indagar en qué me divertia, y no tardó en descubrir la triste verdad; como su génio apacible no la permitia reconvenirme, se contentaba con llorar encerrada en su aposento; y viendo yo que no sospechaba nada de mis vicios, me fuí engolfando en ellos con tal furor, que perdí en menos de un año joyas preciosas, y cuanto adornaba mi pobre casa. Carlota sufría viéndome llevarlo todo y venderlo, pretendiendo que no me pagaban los parioquianos; y aunque no lograba engañarla, callaba la infeliz, y volvía de nuevo á su llanto.

¡Pobre mujer! no habia que la consolase, no visitaba á su prima, porque se habia hecho ésta muy altiva, y habia perdido á su tío, quedando por consiguiente sola en medio de sus hijos; ocultaba sus lágrimas unas veces, y otras las derramaba copiosamente, acordándose del funesto presagio del buen maestro Simon; pero siempre silenciosa sobre este punto, no me da-



ba á entender que sabia la causa del mal estado de su familia.

Una noche... noche terrible que no saldrá jamás de mi memoria! estaba yo en una casa de juego, y la desgracia se habia empeñado en perseguirme tanto, que no satisfecho con haber jugado todo lo que llevaba, perdí veinte luises que pedí fiados, y mi reloj de oro que era la única alhaja que me quedaba. Estaba fuera de mí, loco, furioso! dan las dos de la mañana, y nunca me habia detenido hasta tan tarde... se me representa con viveza la inquietud de mi Carlota, su dolor, su pena, y no atreviéndome á volver á casa, porque conocia la enormidad de mis faltas, me resolví á pasar allí mismo lo restante de aquella noche funesta, tentando de nuevo mi adversa fortuna, y si perdía arrancarme la vida, luego que amaneciese. Jamás me ví en situacion mas horrorosa; dieron las cuatro, y yo perdiendo siempre!... Me levanté para ir á buscar en el rio el fin de mi deplorable existencia; pero me detengo, porque me dicen que un sujeto me aguardaba en la estancia contigua. Me dirijo á aquella pieza, y qué veo, santos cielos!... Oh amigos! cómo podré pintaros esta escena?... Ví á mis cuatro hijitos de rodillas tendiendo hácia mí sus manecitas con el aire mas respetuoso. El menor de ellos que casi era de pecho, estaba en brazos de uno

de sus hermanos, y llevaba en las manos un papel; lleno de asombro, embargados mis sentidos y todo fuera de mí, lo tomo, reconozco la letra de mi esposa, me estremezco, y leo lo siguiente:

“Ya sé que te hallas perdido; aniquilado, sin recursos!... Pero todavía te queda un arbitrio, querido esposo. Tu Benjamin te entregará esta esquela, y el mayor de tus hijos la escritura que mi tío ha otorgado en mi favor. Dispon de ella, ¡tuya es! y en vez de compadecerte de mí ó de darme gracias, acuérdate, y permíteme que yo aplique al presente suceso aquellas palabras que te dije cuando en el jardín solicitabas mi mano: *Bien quisiera poder hacer los mayores sacrificios para veros feliz conmigo.*”

“Vuelve á casa lo mas pronto que te sea posible, pues te aguarda con los brazos abiertos tu *amantísima—Carlota.*”

Cómo me quedaria yo al leer estas palabras tan dulces, tan espresivas!—No; exclamé, adorada familia; no os despojaré del único recurso que os queda, y que puede ponerlos á cubierto de la miseria! Y tú, Carlota, mujer sublime! ángel del cielo! no me hubieras conmovido tanto, si exhalaras tu dolor, haciéndome oír tus reconvenciones! Hijos, venid á mis brazos, estrechadme y guardad esa escritura, pues es



vuestra; de vosotros y de vuestra madre... y no me hagais la injuria de sospechar que soy capaz de usurparos este último beneficio!

Mis hijos, llenos de contento, se arrojan en mis brazos, me besan, me hacen mil caricias, y en esto oigo una voz que dice:—Bueno, bueno! ahora si que va todo bien!...

Hasta entonces no habia visto mas que á mis hijos; volví la cabeza, y quedé absorto al notar que aquella exclamacion salia de la boca del tatur que habia apresurado mi pérdida, y creyendo que se burlaba de mí, no pudiendo contener mi indignacion:—Qué haceis aquí? le dije; despues de haberme arruinado os atrevéis á profanar con vuestra presencia los tiernos desahogos del cariño de un padre y de sus hijos! —Oh! amigo estimado, respondió este hombre enternecido: así deseábamos veros! Tomad, tomad vuestro oro, y las joyas de vuestra digna esposa! y sabed que yo no era aquí mas que un agente suyo.—Agente suyo!—Sí, agente de vuestra adorable Carlota. Yo, mi amado Derbin, soy sobrino del dueño de la casa en que vivís, y no pudiendo así mi tío como yo, ver las lágrimas de vuestra esposa sin enternecernos; á fin de reduciros á vuestras obligaciones, tomé de mi cuenta desempeñar un papel muy odioso para un hombre honrado. Desconocido de vos, he venido siguiéndoos á esta casa, os he hecho

jugar, y al fin perderlo todo; pero con el firme propósito de restituíroslo por entero.—Hombre generoso!... pero yo no debo permitir...—Quedaré muy satisfecho con tal que os corriais enteramente.—Para siempre!—Vamos; puesto que debo consumir mi obra, os llevaré á los brazos de vuestra Carlota, de quien solo escuchareis protestas de su amor acendrado.

Mi amigo, pues así debo llamarlo, mandó venir un coche, y tomando asiento en él con mis queridos hijos, volví á mi casa; entro en ella temblando; pero no tardaron en serenar mi ánimo las tiernas caricias de mi esposa. Maldije con ella un vicio tan atroz, y quedé curado de él hasta ahora.

Actualmente vivo con todo arreglo y soy el padre y el esposo mas afortunado.